

PRÓLOGO

En España, la historia de la ingeniería civil tradicionalmente no ha despertado un gran interés. Con certeza, en ello ha influido la dificultad para la comprensión de sus muy a menudo complejas realizaciones, las obras públicas, por parte de los profanos en la materia. No es sencillo identificar, por ejemplo, la significación de la configuración de un puente sin conocimientos de análisis estructural. Pese a ello, en las últimas décadas distinguidos historiadores han realizado muy valiosas aportaciones en este campo.

No es menos cierto que el interés por conocer su propia historia es comúnmente insólito entre los ingenieros. A pesar de la contribución de excepcionales ingenieros historiadores, no puede decirse que desde la *profesión* se haya fomentado su desarrollo. Con frecuencia anclados en un pragmatismo inmediato, muchos responsables de su enseñanza ningunean la historia por ser una disciplina humanística. Y lo que es peor, privan a las nuevas generaciones de ingenieros de la inestimable ayuda que supone conocer cómo resolvieron los mismos problemas los compañeros que nos han precedido. El reconocimiento de los grandes antecesores está muy lejos del que, por ejemplo, tienen por sus maestros nuestros compañeros los arquitectos.

De partida es, pues, clara la importancia de trabajos como el que nos ocupa. Del libro sobre el gran ingeniero Gabriel Rebollo escrito por su nieto, el arquitecto homónimo, hay que decir en primer lugar que es oportuno, esto es, se hace en tiempo a propósito y cuando conviene. Pero si toda aportación de esta naturaleza es bienvenida, en este caso tiene el valor añadido de centrarse sobre una figura tan significativa como huérfana de reconocimiento hasta la fecha.

Gabriel Rebollo Canales formó parte de la conocida generación de ingenieros de caminos regeneracionistas, cuyas dos figuras más destacadas serían Juan Manuel de Zafra y José Eugenio Ribera.

Cada uno en su propia vertiente, serían los principales actores en la introducción del hormigón armado en España. A Gabriel Rebollo no le correspondería tanto protagonismo, pero en cambio tendría la significación de conciliar en su ejecutoria

profesional las dos tendencias contrastadas representadas por aquellos grandes ingenieros.

Como Zafra, Rebollo era un ingeniero riguroso en su faceta creativa, mostrando siempre un profundo conocimiento del diseño estructural. Fue artífice de señalados puentes, que proyectó con diferentes configuraciones, todas desarrolladas racionalmente. Y no solo en lo relativo a la configuración general, sino también en los a veces mal atendidos detalles constructivos, que Rebollo diseñaría eficientemente, respondiendo en cada caso a las peculiaridades del comportamiento estructural.

Este dominio técnico, por otra parte, le permitió crear su propio sistema de hormigón armado, el cual, si bien adolecía de la indefinición general de las patentes de la época, era coherente y estaba apoyado en bases racionales.

Esta circunstancia le sitúa también en la línea de Ribera, activo ingeniero constructor y empresario, con el que colaboró durante un tiempo en la empresa Hennebique. Como él, también Rebollo tuvo su propia empresa constructora, con la cual fue dignificando desde la profesionalidad técnica una profesión, la de contratista, hasta entonces escasamente cualificada en España.

Todo ello queda de manifiesto en el estudio realizado por su nieto, pudiendo comprobarse ambos extremos en las muy detalladas descripciones que se incluyen de todas sus obras. El recorrido por los magníficos y diversos puentes de Gabriel Rebollo nos documenta sobre otra de las vertientes de su obra: la inquietud por el tratamiento estético de sus realizaciones. Con acierto insiste el autor en destacar la sensibilidad del gran ingeniero hacia estos aspectos. Con agrado se constata la inclusión de la estética como uno de los condicionantes del diseño, tratada efectivamente como uno más de los elementos del programa de necesidades de la obra. Y si bien se apoya, como la inmensa mayoría de los ingenieros de su tiempo, en el recurso a la ornamentación, no es menos cierto que en su práctica habitual la apariencia del puente es el resultado de la expresión pura, enfatizada, de la configuración estructural. San Miguel, tal vez su más lograda realización, combina felizmente las dos inclinaciones.

Otro de los atractivos del libro es la completa catalogación de las obras de Rebollo, cuyo conocimiento es interesante cuando menos para los ingenieros, pero sobre todo muy necesario para comenzar a adoptar las necesarias medidas para su preservación.

En definitiva, un trabajo meritorio, fruto de un arduo trabajo de investigación bibliográfica, documental y de campo. Riguroso en sus planteamientos y objetivo en sus conclusiones, constituye una valiosa aportación para el conocimiento de la construc-

ción, arquitectura e ingeniería en España en el periodo de comienzos del siglo xx. Realizado, sin menoscabo de lo anteriormente dicho, con cariño filial del autor por el insigne ingeniero. Quisiera modestamente añadir mi reconocimiento sincero y mi respeto hacia su figura.

ANTONIO BURGOS NÚÑEZ
Profesor de la Escuela de Ingenieros
de Caminos (Granada)